

El mago que se perdió
en su sombrero

NEFELIBATA



Lars Vasa Johansson

El mago que se perdió
en su sombrero

Traducción de Francisca Jiménez



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título original: *Den stora verklighetsflykten*

© Lars Vasa Johansson, 2016, con acuerdo con Enberg Agency

© de la traducción, 2017 de Francisca Jiménez

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-48-4

Código IBIC: FA

DL B 24273-2017

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

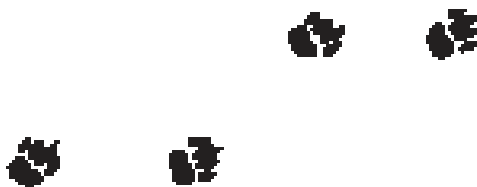
www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



Los ancianos estaban sentados alrededor de la mesa a la espera de que la reina del bosque se pronunciara sobre un rumor siniestro que se había empezado a difundir por allí.

Estamos demasiado débiles, pensó ella. Y somos muy pocos. Lo que necesitamos es temeridad y coraje, aunque proceda de alguien de fuera y no de nuestras decrépidas articulaciones. ¿Podríamos considerar, en el peor de los casos, el *sacrificio* de algún foráneo?

La reina del bosque se estiró en la mesa cuan larga era y bostezó. Tal vez era mejor esperar un poco antes de tomar la decisión. Después de todo solo se trataba de un rumor, y por el momento no era más que un leve susurro en el sonido del viento:

el Eterno Llorón ha vuelto.

1

No resulta nada fácil comerse un pastel milhojas con una cuchara. Es preferible hacerlo con un tenedor de postre, ya que se necesita algo que sea suficientemente duro para que pueda romper la capa solidificada de azúcar y gelatina de grosella que cubre la masa de hojaldre y después, ejerciendo una leve presión, atravesar suavemente el interior de nata y crema de vainilla, que suele aplastarse con facilidad. La verdad es que se trata de un pastel bastante mal diseñado.

Eran casi las once de la mañana. Yo había aparcado en una zona de descanso situada entre Askersund y Karlsborg. Vistas al lago Vättern, brillante bajo el sol de junio. Había llegado el momento de mi ritual anual de cumpleaños. Apagué el móvil para poder estar diez minutos en paz y me senté en el capó del coche con mi pastel.

Nací en el hospital Södersjukhuset hace cuarenta y cinco años a las once menos un minuto. En realidad, adentrarse cada vez más en la mediana edad no tenía mucho motivo de celebración pero, independientemente de donde estuviera, solía concederme todos los años un breve momento de privacidad y comerme un trozo de tarta o algo parecido. Además, ese año precisamente era el vigésimo quinto aniversario de mis inicios como mago profesional, de lo cual, –si no importa que lo diga–, estaba muy orgulloso. Y valía la pena celebrarlo, sin ninguna duda.

No estaba solo en la zona de descanso. Una familia con varios niños había dispuesto las cosas para almorzar sobre una mesa de

madera medio rota. Por desgracia fui a parar el coche cerca del olor de sus sándwiches de huevo y de dos retretes portátiles que había un poco más allá. Y también de un montón de moscas pesadas, pero fue el único sitio que encontré para celebrar mi cumpleaños.

–Felicidades, Anton. Buen trabajo. Muy bien hecho –me dije en voz baja mientras cortaba el pastel, que no tenía muy buen aspecto después de pasar varias horas dentro del coche. Lo había comprado esa misma mañana en un supermercado a las afueras de Södertälje. En oferta, debido a su próxima fecha de caducidad. Ya que los únicos invitados al ritual de mi cumpleaños éramos mis pensamientos y yo, pensé que era mejor reducir gastos.

La cuchara de plástico se quebró como una rama seca cuando intenté que atravesara la capa de hojaldre de la parte superior. Cogí lo que quedaba de la cuchara con los dedos índice y pulgar y empecé a excavar en la nata del pastel por uno de los lados y lo fui vaciando hasta que solo quedó una porción delgada. Un par de bocados era suficiente. Tendría que haber comprado un paquete de galletas. Cerré la tapa abollada del envase de plástico y tiré el pastel en un contenedor de basura detrás de los malolientes retretes. La familia de los sándwiches de huevo había esparcido un montón de cosas por la mesa de madera. Servilletas, termos, recipientes de aluminio y de plástico, vasos y tazas de café. Los niños lo toqueteaban todo y se reían, los padres ordenaban las cosas e intentaban comer algo. El padre debía de tener mi edad. Le observé un instante pensando si podría llegar a envidiarme si supiera que yo tenía un trabajo liberal en el mundo del espectáculo, mientras él tenía que cargar con mujer e hijos en medio del calor del verano y planificar cada minuto hasta el último detalle para evitar el caos.

Me dirigía a una función en la residencia de ancianos Igelkotten, en las afueras de Karlsborg. Después me esperaba una habitación de hotel, cama recién hecha y cacahuètes en el minibar. El padre

de familia, en cambio, tanto si quería como si no, tenía que encargarse de limpiar los dedos llenos de huevo y de caviar a sus hijos.

Precisamente eso era lo que me gustaba, desconectar de todo y pasar diez minutos conmigo el día de mi cumpleaños. Era una oportunidad excelente para reflexionar acerca de lo privilegiado que era. Libertad. Solo yo y el camino hacia el horizonte abierto.

La madre desató una cinta coloreada que rodeaba una caja de cartón blanco y puso una tarta princesa sobre la mesa. Los niños la ayudaron a colocar las velas en la tarta y una vez encendidas entonaron el *Cumpleaños feliz*. Era una coincidencia sumamente peculiar que dos hombres de mediana edad celebraran su cumpleaños en la misma área de descanso. Aunque los niños cantaban fatal, el entusiasmo que ponían era irreprochable. El padre parecía ser de la opinión de que «la intención es lo que vale» ya que todo el rostro le resplandeció al oír la canción.

Después de apagar las velas recibió un beso largo y apasionado de su esposa. Me volví de espaldas porque no quería perder los diez minutos de mi ritual privado mirando a una familia feliz. Al volver al coche miré otra vez el móvil. Ni mensajes perdidos ni llamadas de gente para felicitar me. Mis padres me habían llamado por la mañana, y además no eran muchos los que sabían cuándo cumplía los años, lo que en realidad era bastante agradable. De pequeño pensaba que se pasaba por alto la fecha debido a su proximidad a la noche del solsticio de verano, pero ahora ya no me importaba. El hecho de cumplir cuarenta y cinco años no tiene mucho motivo de celebración, como he dicho.

Un buen año hacía casi cien actuaciones por todo el país. Iba donde me indicaba el GPS y a veces no sabía ni en qué provincia estaba. Para aprender a diferenciar una ciudad de otra solía distraerme descubriendo datos raros e interesantes, como que Karlsborg es conocida por tener algunas cosas de muy reducido tamaño como, por ejemplo, la jaula de pájaros más pequeña de Escandinavia, la mesa de cocina más baja de Suecia y una de las cuerdas más cortas del mundo.

La residencia de ancianos Igelkotten es un edificio de los años ochenta de color marrón que tiene cinco pisos y está situado en la entrada al centro de Karlsborg. En los últimos dos años he actuado tres veces allí.

Al llegar a la sala, de aspecto triste a pesar de estar recién pintada, vi una veintena de sillas colocadas y un par de espacios vacíos para las sillas de ruedas. De momento todo estaba en orden. Miré de reojo a un limpiador que estaba pasando la aspiradora entre las sillas. La aspiradora hacía un ruido terrible. Dejé en el suelo mi caja de magia, negra, pesada y con herrajes de metal, y miré con gesto indiferente el espacio donde habían previsto que hiciera mi actuación. Dos mesas de *ping-pong* con la superficie cubierta con puzzles a medio acabar. La chica que atendía la residencia, que me indicó el camino aunque yo podría haberlo encontrado solo, me explicó que los residentes acababan de empezar el puzzle y era conveniente que las mesas de *ping-pong* se quedaran donde estaban.

Estoy acostumbrado a mirar a las personas hacia abajo debido a mi metro noventa de estatura y esta vez no fue una excepción. La chica que atendía llevaba el pelo teñido de un rojo intenso y era casi dos cabezas más baja que yo. En primer lugar miré al limpiador intentando que apagara la rugiente aspiradora. No resultó porque estaba de espaldas a mí. Luego, miré a la chica.

–He conducido trescientos kilómetros y en todo el día solo he comido un par de bocados de un pastel milhojas que estaba a punto de caducar, así que espero me disculpes si sueno un poco irritado, pero ¿*dónde* piensas que puedo actuar?

Tal vez moví las manos de un modo demasiado concluyente para mostrar que no había sitio, ni al lado de las sillas donde estaba previsto que se sentara el público ni junto a la mesa de *ping-pong*, donde los puzles que ni siquiera estaban terminados eran más importantes que yo, pues no disponía de sitio donde ponerme de pie. La chica de pelo rojo preguntó si podía colocar al público en círculo. ¿Tal vez yo podía estar de pie en el centro haciendo los juegos de manos? Apenas la oí debido al ruido. Hice un gesto al limpiador y esta vez sí me vio.

–¿Puedes apagar la aspiradora? –grité–. Intento *trabajar* aquí. No voy por ahí limpiando mientras tú trabajas, como puedes ver.

El limpiador murmuró algo, apagó la aspiradora y salió cabizbajo de la sala. La chica de pelo rojo repitió la pregunta de si podría quedarme de pie en el centro y actuar allí. Me encogí de hombros. En principio era un gran problema para mí que un par de puzles inacabados fueran más importantes que mi ubicación, pero yo era mago, no un payaso de la televisión con bailarines, accesorios lujosos y trucos que requerían que el público se sentara en un ángulo determinado.

–Por supuesto; puedo ponerme en el centro. Vamos a colocar las sillas entre los dos y luego puedes ir a ver dónde están mis bocadillos.

–Tengo que irme a casa. Termina ahora.

–Cuando voy a actuar a un sitio hay que tener bocadillos o algo parecido preparados. Lo dice el contrato. Y también dice que debe haber un espacio donde pueda actuar. Un escenario o un trozo de suelo sin mesa de *ping-pong*.

–Hay bocadillos en la cafetería.

–De acuerdo, entonces hagámoslo así: yo pongo en orden las sillas y tú vas a por un par de bocadillos.

–Tengo que irme a casa. Termino ahora. Hay bocadillos en la cafetería.

Sacudí la cabeza al oír su insensible y robótica respuesta.

–Entonces hagamos lo siguiente: yo coloco las sillas y luego voy a ver si puedo conseguir un bocadillo. Tú no tendrás que hacer nada. ¿No es fantástico?

Mi irónico comentario pasó, al parecer, muy por encima de la cabeza de la chica de cabello rojo. Ella se limitó a asentir con satisfacción, se puso a toquetear su teléfono móvil y luego se marchó.

La última actuación antes de la fiesta del solsticio de verano que cambió mi vida estaba resultando bastante bien. Después de un truco en el que sacaba una copa de champán de una chistera, pregunté a los ancianos asistentes si les apetecía cantar un rato todos juntos. Era algo que no hacía normalmente, pero pensé que podía ser un buen momento para cantar *Las ranitas*, *El cuervo del cura* o cualquier otra canción de las que se suelen cantar en la fiesta del solsticio de verano. A ellos pareció entusiasmarlos bastante y esperaron a que yo empezara.

–Escuchad, se me acaba de ocurrir algo. Resulta que hoy es mi cumpleaños. No espero que cantéis para mí, pero estaría bien cantar algo que todos conozcáis. ¿Qué os parece?

Empecé a entonar *Cumpleaños feliz*, con un resultado desacompasado e irregular a pesar de que utilicé mi varita mágica de plástico como batuta. Al acabar la canción nadie tomó la iniciativa de vitorear, así que también tuve que empezar a hacerlo yo. A un hombre que iba en silla de ruedas le dio un ataque de tos en medio de los vítores. Un ruido bronco, como una especie de

graznido que no cesó durante el resto de la función. Bastante irritante, por cierto.

Cuando se actúa para personas mayores puede ser arriesgado hacer trucos de cartas basados en que un espectador recuerde una de ellas. Es fácil que resulte un poco confuso, así que me dediqué a hacer los trucos que tenía ensayados y había repetido miles de veces desde mi adolescencia sin tener en cuenta si los espectadores eran viejos, jóvenes, o si estaban borrachos o sobrios. Un violinista puede interpretar la misma pieza clásica durante toda su vida sin ser acusado de estancamiento.

El reto para mí era que siempre había algo que mejorar y perfeccionar, tanto en la cuestión técnica como en la presentación visual. También era importante cómo te encontrabas ese día. Del mismo modo que una pieza musical, un truco de magia podía ir más o menos más rápido que el día anterior. Algunos magos se llaman a sí mismos ilusionistas y realizan exhibiciones fastuosas con luces, humo, bailarines, mucho humor, monólogos «memorables» y otras basuras por las que las masas no tienen inconveniente en pagar mucho dinero. Yo solía llamarlo magia televisiva, y eso no era para mí. Un buen mago no necesita paredes de espejos móviles, rampas hidráulicas en el suelo del escenario ni una asistente encantadora que distraiga al público. Si yo hubiera tenido un presupuesto ilimitado, es probable que hubiera incluido algún número más espectacular, pero en realidad a mí me gustaba el contacto íntimo con el público, que vieran de cerca lo que hacía.



Después de la función llamó Pontus Bergström, el que se encargaba de mis actuaciones. Su plantilla de artistas se componía de humoristas, escritores que viajaban de un lado a otro para impartir conferencias, un par de DJ, algunos famosos de *reality shows*, un hipnotizador y yo.

–Hola, Anton. Tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles quieres oír en primer lugar?

Le pedí que empezara por las buenas.

–¡El fin de semana pasado gané un concurso de tiro con pistola neumática! Diez paquetes de café de premio y un montón de filetes de buen solomillo de buey.

Ni siquiera sabía que Pontus se dedicara al tiro, pero lo felicité y le pedí que me dijera las malas noticias.

–Han anulado Skövde y Vänersborg.

–¿Qué? –fue todo lo que pude decir después de un momento de silencio a causa del asombro.

–Por desgracia es así. Basmati tenía un hueco y la fiesta de empresa en Vänersborg la prefirió a ella. El centro comercial de Skövde iba a hacer una especie de espectáculo con sus chicas del equipo de baloncesto, así que al parecer no había tiempo para ti.

–Pero ¿no tenemos los contratos? ¿Pueden cambiar simplemente de opinión?

El último año yo había tenido menos actuaciones que nunca, pero ninguna anulación. Hasta ahora.

–Es duro, lo sé. Pero tengo que ser flexible y no quiero venderle a la gente lo que no quiere. Basmati es atractiva, prepara cócteles y es una famosa de la tele. Va bien en las fiestas de empresas y se trata de una empresa de pintura, así que será bastante movida. No me parece adecuada para ti.

Suspiré ruidosamente un par de veces para mostrar mi desagrado.

–¿Así que no tengo nada más antes del solsticio de verano? Entonces ya puedo volver a casa.

Me maldije a mí mismo por haberme registrado ya en el hotel de Karlsborg. Mi plan era quedarme tranquilo, quizás ver una película, dormir bien y viajar a Skövde al día siguiente.

–No he recibido el cuadrante de julio. ¿Qué aspecto tiene?

Pontus tardó en contestar.

–Está un poco vacío, si he de ser honesto. No se trata solo de

ti; en este momento la cosa está difícil para la mayoría. La verdad es que la única que va realmente bien es Kicki Hjort.

Apreté las mandíbulas. Kicki Hjort era una mujer de sesenta años que estuvo a punto de ahogarse una vez y tuvo una experiencia cercana a la muerte en la que vio ángeles. Escribió un libro sobre ello y vendió cientos de miles de ejemplares. Actualmente no cesaba de viajar y de visitar asociaciones y empresas para contar su experiencia. Por lo visto al público todo eso le parecía sumamente espiritual e inspirador, aunque para mí era totalmente incomprensible. Un mago engaña a su público. El público *quiere* ser engañado. El público sabía que la magia que yo hacía no era «de verdad». Nadie creía que una carta viajaba, de forma invisible y a través del cosmos, desde donde estaba yo (en el escenario o al lado de la mesa de *ping-pong*), hasta el bolsillo de la chaqueta de alguien del público. Pero cuando una dama decía estupideces acerca de los ángeles parecía que nadie se daba cuenta de que los estaba engañando tanto como yo.

–Por cierto, ¿no están Sebastian y Charlotta más o menos por donde estás tú?

Me encogí de hombros aunque él no pudiera verme.

–Ni idea; no controlo todo el tiempo lo que hacen –respondí mientras percibía el tono quisquilloso de mi respuesta.

–Creo que ayer o anteayer hicieron un gran espectáculo de verano en el Sparbanken Arena de Lidköping. Entradas agotadas, unas ocho mil personas. No te puedes imaginar el tirón que tienen. ¡Son fantásticos!

–Hoy es mi cumpleaños –dije para cambiar de tema lo antes posible.

–¿De verdad? Felicidades.

–Gracias. ¿Cuándo cumple años Kicki Hjort?

–No estoy seguro, puedo echarle un vistazo al calendario.

–¿Así que tienes anotado en el calendario el día de su cumpleaños y el mío no?

Pontus puso una excusa poco consistente. Dejé el tema y acabé

la conversación volviendo a felicitarlo por su premio en el concurso de tiro. Se alegró tanto que por lo visto no percibió el tono amargo de mi voz. Yo no tuve fuerzas para explicarle que, cuando uno dice que tiene buenas y malas noticias, ambas suelen ir dirigidas al receptor. Un médico no le debe decir a un paciente que la buena noticia es que él (el médico) ha heredado cincuenta millones de su abuela, y que la mala es que el paciente tiene un cáncer terminal.